¡Lucidos iban á quedar cuando después de haberla estudiado, creyendo ya conocer la situación y los nombres de todos sus pueblos, comenzasen á andar por ella!

Resumen: que el Atlas de las 49 provincias de España, publicado por la casa de Bailly-Baillière, no sirve más que para engañar al que le mire, y de balde es caro.

VI

UNA IGNORANCIA GEOGRÁFICA

(LA ORIUNDEZ DE CERVANTES)

I

Querido Cavia:

En la reseña de una reunión celebrada hace días por la Junta del Centenario del *Quijote* he visto el acuerdo de invitar á la Diputación provincial de Lugo y al Centro Gallego.

No me parece mal que para el centenario se invite á esa clase de corporaciones; mas como se trata solamente de dos, y ambas son gallegas, me inclino á creer que esa invitación se relaciona con la supuesta oriundez gallega de Cervantes, proclamada á boca llena como indiscutible por un diario lucense, *El Regional*, y quiero hacer sobre ella algunas observaciones.

Ya doña Emilia Pardo, á pesar de ser una gallega muy encariñada con su país, tuvo la oportunidad, rara en ella, de echarle agua en

el vino al periódico de Lugo, diciendo que la tal oriundez gallega no es más que «una conjetura insuficiente». Dijo bien doña Emilia, aunque fuera por casualidad, y tampoco hubiera dicho mal si dijera que es una afirmación sin fundamento, pues lo mismo vale que no tener ninguno tenerle falso; es decir, fundarse en un error, en una ignorancia geográfica.

Para que realmente pudiera defenderse la oriundez gallega de Cervantes, para que sin pruebas históricas pudiera *El Regional* decir, como ha dicho raso por corriente, que «de la montañosa comarca de Lugo salieron los Cervantes» y que «sangre lucense llevaba en sus venas el que colocó aquel apellido tan alto...», etcétera, eran necesarias estas dos cosas:

1.ª Que en Galicia hubiera desde antiguo un pueblo llamado «Cervantes».

2.ª Que en toda España no hubiera ningún otro pueblo del mismo nombre.

Aun dada la primera de estas condiciones, si falta la segunda, ya la afirmación del periódico gallego no es más que una conjetura insuficiente, como dice doña Emilia. Pero si faltan las dos, entonces la tal afirmación no es más que uno de esos fenómenos de «contagiosa locura regional», hoy harto frecuentes.

Y el caso es que faltan las dos, efectivamente. Es decir, que de esas dos condiciones ó suposiciones ninguna es cierta.

En primer lugar, en Galicia no hay, ni se sabe que haya habido nunca, un pueblo llamado «Cervantes».

Lo que ha habido en Galicia, en la provincia de Lugo, es una comarca, una «jurisdicción» con ese nombre, compuesta de 16 parroquias, y éstas de muchos lugarcillos, distintos perfectamente entre sí, y cada cual con su nombre, sin que ninguno de ellos se llamara «Cervantes».

De esta antigua jurisdicción, llamada de «Cervantes», no porque se llamara así ninguno de sus pueblos, sino por alguna otra causa, quizá por haber ejercido en ella algún Cervantes el señorial dominio, que en los últimos días del antiguo régimen ejercía el conde de Grajal, título que hoy lleva el marqués de Alcañices; de esta jurisdicción de «Cervantes» con algunas agregaciones se formó en el siglo XIX un ayuntamiento al que se dió el mismo nombre de «Cervantes» que la jurisdicción tenía; ayuntamiento muy extenso, de más de 7.000 habitantes, distribuídos en 21 parroquias y en una infinidad de pueblos, ninguno de los cuales se llama «Cervantes».

Dos de las mencionadas parroquias, que tienen por titulares una á San Pedro y otra á San Román, llevan el «Cervantes» como apellido, para distinguirse de otras no lejanas que tengan los mismos santos por patronos, llamándose San Pedro «de Cervantes» y

San Román «de Cervantes». La primera la componen ocho ó nueve pueblos, que se llaman: Chandeiro, Robledo, San Pedro, Paderne, Casas del Río, Villanueva, Villar de Mouros, etc., sin que ninguno se llame «Cervantes». La otra parroquia la componen sólo dos pueblos: Seijas y San Román, éste con título de villa y con Casa-Ayuntamiento; tampoco aquí hay pueblo que se llame «Cervantes».

Sólo por lo dicho es ya muy inverosímil que el apellido «Cervantes» proceda de esta comarca de Lugo; pues los que antes de la formalización de los apellidos salieron de ella se llamarían de Chandeiro, de Robledo, de Villanueva, de San Pedro, de San Román, etc., pero no «de Cervantes», porque no han solido tomarse apellidos sino de entidades concretas de población; no de comarcas, sino de lugares, villas y ciudades. Nadie suele llevar el apellido «de la Alcarria», no siendo la miel, aunque muchos llevan los de «Cifuentes», «Mondéjar», «Humanes», etc.; nadie ha solido llamarse Juan de Extremadura, ni Pedro del Vierzo, aunque hay Trujillos y Villafrancas, ni el compañero de Cortés desmontado en la batalla de Tláscala se llamó Pedro «de Andalucía», sino Pedro «de Morón»; ni el festivo autor de «La cena» en redondilla se llamó Baltasar «de la Mancha», sino «de Alcázar»; ni tú, mi querido amigo, que eres el orgullo de Aragón, pero procedes muy probablemente

del Campo castellano de Muñó, del antiguo «Partido de Cam de Muñó», tampoco te llamas Mariano «de Cam de Muñó», ni Mariano «de Muñó», sino Mariano «de Cavia», nombre de uno de los pueblos del «Campo».

Quedamos, pues, en que falta la primera condición necesaria para que la oriundez gallega de Cervantes, fundada en el apellido, sea sostenible; porque en Galicia no hay ningún pueblo llamado «Cervantes», del que pudiera haberse tomado el apellido.

Donde le hay es en León.—De manera que también falta la condición segunda; es decir, que la segunda suposición, la de que, fuera de Galicia, no haya pueblo llamado Cervantes, tampoco es cierta.

En el antiguo reino de León, diócesis de Astorga y provincia de Zamora, está el lugar de «Cervantes», una legua al Nordeste de la Puebla de Sanabria, á cuyo partido judicial corresponde. Concejo independiente desde la Edad Media, en la primera época constitucional formó también Ayuntamiento por sí; pero más tarde fué agregado al de Robleda, como otros pueblos del contorno.

Ahora bien: existiendo este lugar de «Cervantes», y siendo el único de este nombre en España, parece probable, con una probabilidad rayana á la certeza moral, que de este lugar del reino de León procede el apellido «Cervantes», y que de este lugar del reino de

León salieron los ascendientes del Príncipe de los Ingenios.

Esto atendiendo solamente á lo que enseña la Geografía.

Pero hay más, hay algo más.

Es opinión común entre los cervantistas que los personajes de las novelas de Cervantes fueron personas de carne y hueso. No me dejará mentir nuestro buen amigo Rodríguez Marín, que nos ha dicho ya en un libro precioso quién era «El Loaisa de *El Celoso Extremeño*», y nos va á decir pronto, según tu artículo de ayer mañana, quién era «Espartafilardo», quién era la «Trifaldi», etc.

Y si esto se cree de los personajes cervantinos en general, respecto de algunos en particular se afirma con seguridad completa. No hay nadie que dude, por ejemplo, que en la «Historia del cautivo», intercalada en el *Quijote*, contó Cervantes su propia historia.

Bueno, pues la «Historia del cautivo» la empezó Cervantes con estas palabras:

«En un lugar de las montañas de León tuvo principio mi linaje...»

Para dar todo su valor probatorio á esos dos renglones hay que advertir que el mencionado lugar de «Cervantes» está en las estribaciones de las sierras de Cabrera y Peña Negra, continuaciones de la sierra del Teleno, divisoria de las cuencas de los dos grandes ríos leoneses, el Esla y el Sil, y que estas

sierras se llamaron antiguamente y en todos los mapas aparecen rotuladas con el nombre antonomásico de «Montañas de León», el mismo empleado por Cervantes, que conocería la existencia y situación del pueblo por referencias de su padre, y le tuvo presente cuando escribía...

Enlácense ahora con los anteriores datos geográficos incontrovertibles las pruebas de congruencia que suministra el *Quijote*; considérese especialmente el hecho de haber comenzado Cervantes con las palabras transcritas una historia que, aunque no sea puntualmente la de su vida, es indudable que está formada con los episodios principales de ella, la batalla de Lepanto, el cautiverio de Argel, su rescate y libertad; considérese que es el mismo Cervantes quien dice: «En un *lugar de las montañas de León tuvo principio mi linaje*», y que hay precisamente en esas montañas un lugar llamado Cervantes, sin que haya otro en España...; y habrá que convenir en que es muy probable, casi seguro, que de ese lugar leonés proceda el apellido Cervantes, y que de él es oriundo, más ó menos á la larga, el autor del *Quijote*.—Tuyo afectísimo...

II

FRACASO DE D. CELSO

Contra ese artículo, publicado en *El Imparcial* el 2 de Abril del año anterior (1904),

enviaba otro al mismo periódico desde Pontevedra, tres semanas después, D. Celso García de la Riega, exgobernador fusionista.

Empezaba muy cortésmente; pero luego, arrastrado por la pasión, se empeñaba en suplir la falta de razones con pobres triquiñuelas y con pobres sofismas.

Disertaba latamente sobre el carácter de la población gallega, como si pretendiera *descubrírnosla*, para concluir por la afirmación de que en Galicia no hay pueblos, sino sólo parroquias; afirmación desmentida por la realidad y por el Diccionario Geográfico de Madoz, y también por el *Nomenclátor* oficial del Instituto Geográfico, que aunque ha tardado en enterarse, hoy consigna ya con sus nombres los pueblos de Galicia.

Queriendo probar la existencia en Galicia de un pueblo llamado *Cervantes*, citaba en su apoyo el mencionado Nomenclátor del Instituto, que se vuelve contra él abiertamente, pues al tratar del ayuntamiento de *Cervantes* pone á este nombre una llamada á que corresponde esta nota:

«Es el nombre con que se conoce este territorio municipal, *sin que corresponda á entidad alguna de población determinada*, y sí al conjunto de varias que forman una parroquia del mismo nombre.»

Pretendiendo quitar importancia al pueblo

de «Cervantes» de la provincia de Zamora, le llamó con curialesca mala fe *Cervantes de Robleda*, cuando no se llama, ni nunca se llamó, más que Cervantes.

Para desvirtuar el argumento de congruencia que sale de las palabras con que empezó Cervantes la *Historia del cautivo*: «*En un lugar de las montañas de León*», etc., faltó á la verdad otra vez, diciendo que las sierras de Cabrera, de Peña Negra y del Teleno no se llaman, ni nunca se llamaron, montañas de León, y que este nombre corresponde á los montes de la divisoria con Asturias; afirmación en la cual le desmienten todos los mapas, buenos y malos, pues todos, antiguos y modernos, generales de España y provinciales, traen el rótulo de *Montañas de León* sobre la divisoria de aguas del Esla y el Sil, junto al *Teleno*, unos 80 kilómetros al S. de la divisoria entre León y Asturias.

Véanse el mapa de España de Zerolo, el de León en el Atlas de Valverde, y en el de Alberto Martín, recién publicado en Barcelona... y todos los que se quieran.

Después, con la misma idea de quitar fuerza al mencionado argumento, llegaba á decir la tontería de que yo no había hecho más que empezar á leer la *Historia del cautivo*, pues si la hubiera leído hasta el fin me hubiera enterado de que el cautivo se llamaba Juan Pérez de Viezma y no Cervantes... ¡Mama-

rracho!... No merece otro comentario ni otra contestación la *agudeza*.

Y todavía, queriendo echárselas de gracioso... ¡gracioso un exgobernador civil... paisano de doña Emilia!... citaba un cuento soso é inverosímil de D. Francisco de Leiva, que le intercaló en una comedia suya, muy sosa también y muy mala, titulada *La dama presidente*, y que el D. Celso, en su gobernadoril ignorancia, atribuía á *Tirso de Molina*, confundiendo torpemente al gran maestro del siglo de oro con un remendón literario.

¡Pobre D. Celso! ¡Cuánto más le valía haberse callado, que no meterse á mundo, poniendo al descubierto su escasez de letras!

Verdad es que D. Celso podrá decir al enterarse de su error lo que decía el baturro aquel que tomaba al Neptuno del Prado por *nuestro padre* Adán, cuando le advirtieron que no era Adán, sino Neptuno:

—¿Qué más da? Los dos son profetas...

Y, por último, para contradecir mi afirmación de que no hay en España ningún otro pueblo antiguo llamado «Cervantes», de donde pudiera salir este apellido, más que el «Cervantes» leonés próximo á la Puebla de Sanabria, llegaba el pobre D. Celso á perder de tal manera los estribos, que decía:

«En el Estado de Veracruz (Méjico) hay un pueblo llamado Cervantes, al cual pudiera preferir para la oriundez en cuestión cualquier contagiado como el que suscribe.»

¡Qué talento el del Sr. García de la Riega!... Muy parecido al de aquel otro mentecato del cuento, que en nada encontraba tan admirable la providencia de Dios como en haber hecho pasar los ríos por debajo de los puentes...

Daba gana de decirle al pobre D. Celso: ¡Por Dios, no sea usted majadero! Ese pueblo del Estado de Veracruz se formó probablemente y se bautizó después de escrito el *Quijote*. Pero de seguro no fué ni pudo ser bautizado con ese nombre antes de la conquista, 1519-1520. Y para entonces ya había nacido Rodrigo de Cervantes, padre del autor del *Quijote*, y estaba casado de usar el apellido Cervantes Juan de Cervantes, abuelo de don Miguel de Cervantes.

¡Pobre D. Celso!

A tan lastimosas caídas conduce el afán de meterse en camisa de once varas, volviendo la espalda á la verdad y encomendándose á la mala fe y á la trapacería.

¿Cómo había de proceder de ese pueblo Cervantes del Estado Veracruz el apellido Cervantes, que ya existía mucho antes de que el pueblo existiera?

¡Pobre D. Celso!

VII

¡GEOGRAFÍA POR AMOR DE DIOS!

Mucha falta hace la Gramática para ser periodista, y para ser ministro, y para todo... menos para ser académico de la Lengua.

Pero no crean ustedes que hace mucha menos falta la Geografía.

Porque... ¡se lee cada cosa en los periódicos, en materia de errores geográficos!

Desde aquellos buenos tiempos en que *La Correspondencia de España*, prototipo en el desatinar, hacía conducir el correo de Algeciras á Ceuta por peatones, ¡cuántos desatinos geográficos no habrán aparecido en los periódicos cada tarde y cada mañana!

El mismo diario, en otra ocasión, nos quiso traer hasta Madrid un buque trasatlántico de los más grandes, pues comenzó una noticia con estas palabras:

«El vapor *Antonio López*, en que viene á Madrid el general Martínez Campos, salió de la Habana ayer á...» tal hora.

¡Es claro! Como compensación de unos peatones que tenían que andar sobre las aguas, nada mejor que un barco de hélice navegando por la carretera de Andalucía.

No son, sin embargo, los más perjudiciales estos disparatones, que á lo menos hacen reir y que apenas pueden inducir á error, porque los conoce todo el mundo. Peores son aquellos otros algo más pequeños en que incurren con triste frecuencia hasta las publicaciones que pasan por serias y esmeradas; pues por lo mismo que son más pequeños, y por ende menos fáciles de conocer, inducen á error á muchos lectores, lo cual es una verdadera lástima.

Bien comprendo que los periódicos se hacen muy de prisa; pero así y todo, si los redactores tuvieran á lo menos una ligera tintura de Geografía, no pasarían ni la mitad de los disparates que pasan y pasan de unos periódicos á otros sin corrección ni enmienda.

Es cosa bien fácil, y se explica perfectamente, que un cajista, si el manuscrito no está muy claro, componga *Tarazona* en lugar de *Tarragona*, y resulte Tarazona convertida, verbigracia, en puerto de mar, si la noticia se refiere á la pesca del atún, ó en Arzobispado, si la noticia se refiere al arzobispo.

Lo que ya no se puede explicar tan bien, á no ser por la falta de la tintura consabida, es que una noticia así, equivocada y absurda, sea cortada de un periódico y reproducida en

otro, y pase de allí á otro y después á otro, hasta dar vuelta por todos los de la Península é islas adyacentes.

Un redactor que registrando periódicos se encuentra en uno con la noticia, verbigracia, de que «el tren número... *tantos* se halla detenido en la estación de Busdongo (Logroño) por causa de la nieve», suponiendo que no sepa que Busdongo no está en la provincia de Logroño, sino en la de León, lo cual es bastante poco saber, ¿qué menos había de hacer que tratar de comprobar la exactitud del paréntesis echando mano á una *Guía de Ferrocarriles* y mirando á ver dónde está la estación de Busdongo?

Pues no lo hace; sino que, en lugar de tomar esa precaución, corta la noticia tal como está y la envía á las cajas para que su periódico la reproduzca y para que luego otros redactores hagan otro tanto y ande el disparate, como ha andado, efectivamente, por todos los periódicos que se publican desde San Sebastián hasta Cádiz y desde Gerona hasta la Coruña.

—

«CAÍDA MORTAL (y efectivamente lo es). En San Sebastián, en la iglesia de Elgueta, se cayó desde la bóveda el rematante de las obras del templo, quedando muerto entre los escombros de la bóveda desprendida.»

Cualquiera cree, leyendo esta noticia en un periódico, que la iglesia de Elgueta está en San Sebastián, ó en algún barrio, cuando menos, de la hermosa ciudad de Guipúzcoa; y, sin embargo, la iglesia de Elgueta está... naturalmente, en Elgueta, pueblo situado en el confín de aquella provincia con la de Vizcaya, y como á unos cincuenta kilómetros de San Sebastián por la parte más corta.

Pero se conoce que el autor del desatino vió en algún telegrama de San Sebastián la noticia de la caída y, faltándole el conocimiento, se cayó él también como el rematante de las obras, quedando, si no muerto, á lo menos sin sentido...

Sin sentido común, como estaba antes.

—

Los malos temporales atmosféricos suelen traer siempre consigo malos temporales periodísticos para la Geografía.

Con cualquier motivo se disparata de vez en cuando. Un incendio, ó el robo de una iglesia, suelen ser ocasión de que los periódicos digan que Santoña es de la provincia de Burgos, ó que Villalón es de la diócesis de Orense.

Pero el mal tiempo es el que ocasiona siempre más graves desatinos.

El viento un poco fuerte que derriba los palos del telégrafo, y el chaparrón algo continuado que deshace y arrastra los terraplenes del ferrocarril, parece como que desordenan también las ideas de los periodistas y arrastran y confunden sus recuerdos de manera que se produce en los periódicos una danza vertiginosa de pueblos y un enredo de líneas inextricable.

Uno de estos días he leído en un periódico de los más serios, bajo el epígrafe de *El temporal* y con el subtítulo entre paréntesis de *noticias oficiales*, esto que sigue:

«También está interrumpido el curso de los trenes en la línea de Almonacid á Villaseca».

—¿Qué línea será ésta?—se preguntará el lector que crea estar algo enterado de las líneas férreas que hay en España, al encontrarse con esa de que no había oído hablar nunca.

Bueno; pues realmente no hay ninguna línea que se llame así. Lo que hay son dos estaciones con esos nombres de Villaseca y Almonacid en la línea directa de Madrid á Ciudad Real. Entre esas dos estaciones y la de Algodor, que está en medio, parece que no circulaban los trenes cuando se publicó la noticia; y el autor de ella, en lugar de decir que se hallaba interrumpido el curso de los trenes de la línea de Ciudad Real entre las estaciones de Almonacid y Villaseca, dijo que estaba interrumpido el curso de los trenes en

la línea de Almonacid á Villaseca, como si hubiera una línea que así se llamara.

—

En el mismo periódico he leído este otro disparate, mayor todavía que el precedente:

«A las tres y cincuenta ha quedado vía libre en el kilómetro 97 de *la línea de Madrid á Zaragoza y Alicante*».

¡Así! ¡Como si hubiera una línea férrea de ese nombre y con esa dirección: de Madrid á Alicante por Zaragoza!

No; no hay en España ninguna línea férrea que se llame *de Madrid á Zaragoza y Alicante*. Lo que hay es una Compañía ferroviaria con ese título.

—Pues llámelo usted hache—dirá quizás algún pariente del redactor de la noticia.

—Pues no se lo llamo—le contestaría yo á quien tal dijera.

Porque esa Compañía ferroviaria *de Madrid á Zaragoza y Alicante* tiene dos líneas férreas perfectamente distintas, una de Madrid á Zaragoza y otra de Madrid á Alicante.

Y aquí nos tienen ustedes que por la noticia de ese periódico no podemos saber si donde ha quedado vía libre *á las tres y cincuenta* es en la Alcarria, entre Espinosa y Jadraque, que es donde está el kilómetro 97 de la línea de Madrid á Zaragoza, ó es en la Mancha, entre el Casar y Tembleque, que es donde está

el kilómetro 97 de la línea de Madrid á Alicante.

Y todavía, unos veinte renglones más abajo, en la misma sección, viene repetido el despropósito en esta otra forma:

«En el kilómetro 97 de *la línea de Madrid á Zaragoza y Alicante* ha quedado restablecida la circulación».

Nada; que indudablemente el periodista que extractó esas noticias de los telegramas oficiales cree que el ferrocarril de Madrid á Alicante va por Zaragoza.

Y además se parece ese periodista á los estudiantes que piden exámenes en Enero, no solamente en lo de saber poco, sino también en lo de decir las cosas varias veces.

Porque ¡cuidado que suelen estar pesados los chicos!...

Y luego encuentran apoyo en los periódicos, que traen y llevan la petición de exámenes de toda clase de asignaturas en Enero, en lugar de pedir un solo examen de Geografía para sus redactores en cualquiera de los meses del año.

¿No es una lástima que periódicos por lo general bien informados y no mal escritos, desatinen é induzcan á sus lectores en error siempre que de Geografía se trata?

¡Vamos; un poco de Geografía, por el amor de Dios!